

desde Colombán el Fuerte, que murió en las llanuras de Poitiers, rechazando á los sarracenos en 732, hasta Colombán el Leal, que llevó en 1793 su cabeza al cadalso, y murió gritando : ¡ Gloria á Dios en el cielo, paz á los hombres de buena voluntad en la tierra ! Reuníos y juzgadme, vosotros los únicos jueces que reconozco. Juzgad á aquel cuya fosa acabo de abrir, al que acabo de depositar en esta tierra ; á aquel, en fin, cuyo féretro riego con agua del cielo, conservada por el Señor en los agujeros de una roca.

Yo que no soy su juez, yo que soy su padre, le perdono y le bendigo.

Y al concluir estas palabras, sacudió la rama de pino encima de la fosa y quiso pasarla á Hervey ; pero esto era más que lo que el pobre padre podía soportar ; su rostro se cubrió de una palidez mortal, su voz expiró en su garganta, un grito desgarrador se escapó de su pecho, y cayó sobre la arena, como una encina rota por un rayo.

## CAPÍTULO XIV.

### LA COMIDA MORTUORIA.

Un cuarto de hora después de la escena que acabamos de referir, sin tener la pretensión de pintarla, Hervey hacía entrar á todos los personajes que habían seguido al convoy, en lo que era en otro tiempo sala de guardias, inmensa pieza circular iluminada por ventanas con vidrios de color, y donde brillaban en la sombra los blasones, los escudos.

las armaduras, las banderas y las espadas de los antiguos señores de Penhoel.

Sólo el monje faltaba : se comprendía que había quedado cerca del viejo conde, menos tal vez para cuidar de él, que para hablarle de Colombán y darle sobre la muerte de su hijo único detalles que aun ignoraba.

Arrimáronse á la pared.

La conversación tuvo lugar, primero en voz baja ; luego, al poco tiempo, en voz un poco más alta. En fin, el decano de la sociedad, anciano, de cabellos blancos, que podía tener noventa años, y que había conocido los cinco últimos condes de Penhoel, refirió lo que había oído referir á sus antecesores y lo que éstos sabían de sus abuelos ; es decir, las hazañas de los diez últimos condes.

En seguida, una anciana tomó la palabra á su vez, y lo mismo que el hombre había referido las hazañas de los condes, enumeró las virtudes de las condesas.

Así pues, esperando al señor, respecto á cuya salud la presencia de Hervey tranquilizaba á los asistentes, cada cual hacía lo que podía para alabar grandemente aquel pasado de diez siglos, cuya grandeza había heredado el presente.

Y cada relación, como una máquina eléctrica, hacía brotar una centella de todos los corazones, una lágrima de todos los ojos.

El viejo Hervey iba de uno á otro, apretaba cordialmente la mano de los asistentes, y uniendo un relato á otro, refería á su vez los acontecimientos que había oído referir, y aquellos de que había sido testigo. Pero cuando llegó á su joven señor, cuando intentó referir desde su primer grito hasta su último suspiro, la infancia pura y serena, la juventud tumultuosa y agitada del pobre Colombán, brotaron sollozos de todos los pechos.

¡ Había tan poco tiempo aún que había venido á Penhoel, que todos le habían visto, le habían saludado, le habían estrechado la mano, le habían hablado ! Es verdad que había parecido triste á todo el mundo. Pero ¡ cuán lejos estaban de pensar que aquella tristeza fuese mortal !

Es una raza que se va, la de los grandes condes, de anchos hombros, de piernas arqueadas por el hábito de montar á caballo, de la cabeza hundida en los hombros gracias á los cascos macizos que pesaban sobre la cabeza de sus antecesores. Pero también es una raza que va desapareciendo, la de esos viejos y fieles servidores que nacen en casa del abuelo y mueren en la del nieto.

Con semejantes hombres, el padre, siguiendo á su mujer á la tumba, no dejaba á su hijo sólo en la casa.

Aquel respeto que se tenía al viejo difunto, se tornaba en un piadoso amor al niño huérfano. He oído con frecuencia á la generación actual negar ó burlarse de esa respetuosa ternura de los viejos criados, de esa adhesión absoluta de los antiguos servidores, que pretende no se ven ya más que en el teatro.

Hay verdad en el fondo ; la sociedad, tal como nos la han hecho las diez revoluciones por las que hemos pasado, no es conservadora de esta clase de virtudes.

Pero tal vez los amos tienen tanta culpa como los criados, de que las cosas hayan cambiado. Aquella fidelidad tenía mucho de la del perro. Los antiguos amos pegaban, pero acariciaban. Hoy no se golpea, pero tampoco se acaricia ; se paga, y bien ó mal está uno servido.

¡ Oh ! los viejos perros y los viejos criados son aún los mejores amigos en los días borrascosos.

¡ Qué amigo vale lo que un perro cuando se está triste ?

un perro que viene á sentarse enfrente de nosotros, que nos mira, que gime, que nos lame.

Suponeos en medio de un gran dolor, en el sitio de ese perro que sabe comprenderos tan bien ; suponed un amigo, vuestro mejor amigo.

¡ Qué consuelos vulgares, qué consejos imposibles de seguir, qué razonamientos interminables, qué discusiones obstinadas no os veréis obligado á intentar ? En la más tierna y leal simpatía de un amigo por vuestro dolor, se desliza siempre un matiz de egoísmo ; él en vuestro lugar no hubiera obrado como vos ; hubiera tenido paciencia, hubiera contemporizado, resistido, ¿ qué sé yo ? pero en todo caso, se hubiera conducido de otro modo que os habéis conducido vos. En una palabra, os acusa, y al compadeceros é intentar consolaros, os censura. Pero los viejos perros y los viejos criados, ecos fieles de vuestras penas más íntimas, las repiten sin discutir las, rien y lloran, gozan y sufren con vos y como vos, y nunca les debéis nada por sus sonrisas ni por sus lágrimas.

La generación que nos precede los niega, la que nos sigue ni siquiera habrá oído hablar de ellos.

Los perros de nuestros días juegan al dominó, y los criados de nuestra época á la alza y la baja.

Insistimos, como en otro lugar hemos insistido respecto á los molinos ; es también un uso que se va y que quisiéramos retener ; como todo lo que era bueno, poético y grande en el pasado.

El pobre Hervey tenía, no sólo la fidelidad y la adhesión de esos perros, á los que hacemos á algunos hombres el honor de compararlos, sino también sus facultades.

Oyó y reconoció el paso de su amo, que resonaba sordamente sobre los sonoros escalones de la escalera.

Corrió á la puerta, y la abrió.

El conde, pálido, con el rostro surcado por las lágrimas que había derramado al volver en sí; pero firme y tranquilo, como si Jacob no acabase de ser vencido por el ángel del dolor, el conde apareció en el umbral.

El monje dominico venia detrás de él.

El anciano saludó á esta asamblea de labriegos, como lo hubiera podido hacer á una reunión de príncipes.

— Últimos amigos de mi hijo, vosotros que acabáis de acompañar á su tumba el nombre de Penhoel, siento no poder recibirlos más dignamente en el castillo de mis padres. Hervey y yo estábamos tan apesadumbrados, que apenas, tal vez, habremos provisto á vuestras necesidades. Sin embargo, dignaos entrar en el comedor, y según la antigua costumbre de nuestra vieja Bretaña, aceptar de corazón, como yo os la ofrezco, la comida mortuoria.

Atravesando entonces la sala con paso firme, y habiendo mandado á Hervey que abriese las dos hojas de la puerta que se hallaba enfrente de aquella por donde había entrado, invitó á todos los asistentes, desde el más alto al más bajo sin distinción de clases y condiciones, para que pasasen al comedor.

Veíanse allí, sobre fuertes banquillos de hierro, tendidos inmensos tabloncillos de encina que sostenían una comida homérica.

Alrededor de la mesa, no había silla ninguna que designase preferencia.

Conociase que la muerte había pasado sobre ellas su raso.

Colocóse el conde en el centro de la mesa, é invitó al monje dominico para que lo hiciese enfrente de él.

Después, los más viejos ocuparon los sitios inmediatos,

haciéndolo de los otros los demás circunstantes, por orden de edad, pero manteniéndose en pie.

El monje dominico dijo el *Benedicite* en medio del más profundo silencio, siendo repetido en coro por todos los circunstantes.

El conde de Penhoel tomó la palabra:

— Amigos míos, dijo, tomad parte en este festín en honor del vizconde de Penhoel, del mismo modo que si fuera él quien os lo ofreciera.

Y alargando á Hervey su vaso para que lo llenase, después que éste lo hubo hecho, lo levantó diciendo:

— Brindo por el descanso del alma del vizconde Colombán de Penhoel.

Y todos repitieron:

— Brindamos por el descanso del alma del vizconde de Penhoel.

Principió la comida.

Para el que ignora esta antigua costumbre, conservada no sólo en Bretaña sino también en otras muchas provincias de Francia, la comida mortuoria es una de las escenas más conmovedoras en que se pueda tomar parte, ó cuyo relato se pueda oír.

La poderosa resignación de que, en semejantes circunstancias, se arma, como de una coraza, la familia del finado, es verdaderamente formidable.

Apenas se comprende, cuando la soledad, ese refugio contra los grandes dolores, se halla tan sólo á pocos pasos; apenas se comprende, decimos, cómo la familia puede imponerse la cruel tortura de ahogar sus lágrimas, de contener los latidos de su corazón; y sin embargo, el número de esos mártires es grande; y, en Bretaña sobre todo, sería muy mal visto el querer quitar á las familias esta

práctica, resto de los tiempos bárbaros, y tan inexplicable hoy como en las más remotas edades.

Concluido el festín, el monje dominico dijo las *Gracias*, y todos se pusieron en pie.

El conde de Penhoel se dirigió á la puerta, cuyas dos hojas había abierto de par en par Hervey, después de haber tomado su parte en el festín como los demás circunstantes.

Salió el primero, y deteniéndose en el dintel, se apoyó contra la pared.

Cuando el primer aldeano, saliendo de la sala, pasó por delante, le dijo, inclinando la cabeza en señal de reconocimiento :

— Te doy las gracias, fulano, por haber acompañado á mi hijo hasta la sepultura.

Y lo mismo repitió á los demás hasta el último de los concurrentes.

El postrero fué el monje dominico.

El conde de Penhoel le saludó, como había saludado á los demás, y como á los demás también le dió las gracias.

Pero cumplido este deber, colocó la mano en el hombro del monje, fijó sobre él una mirada suplicante, y pronunció estas dos palabras :

— ¡ Padre mío !

El monje, mejor aún que las dos palabras, comprendió la mirada.

— Tendré el honor de quedarme á acompañaros algún tiempo, si lo deseáis así, señor conde.

— ¡ Gracias, padre mío ! respondió el anciano gentil-hombre.

Y habiendo saludado con la mano por última vez á los convidados, á quienes Hervey guiaba hacia la puerta, el

conde se encaminó, seguido del dominico, á un cuarto, que tenía á la vez el aspecto de despacho y dormitorio.

Tomando después una silla, que presentó al monje, y ocupando él mismo otra :

— Este era, dijo, el cuarto suyo, cuando venía aquí. Este será el vuestro, padre mío, todo el tiempo que queráis permanecer en la torre de Penhoel.

FIN DEL LIBRO DÉCIMOTERCIO.